

La hermosa dió vuelta en aquel instante, dirigiéndose al centro del cuarto.

Willey respiró con libertad.

Luz, cansada de esperar de pié, volvió á acercarse al sillón.

En el rostro del que espiaba, se retrató la esperanza.

De repente se oyeron casi á la vez un ruido extraño y un agudo grito lanzado por la jóven.

El doctor asomó la cabeza, exhaló una exclamacion de alegría; y penetrando en la pieza, y cerrando tras sí la puerta, exclamó con satánico placer, que hizo estremecer á la desdichada jóven, que se veía sujeta fuertemente por los brazos del sillón.

—¡Ya es mia!

CAPITULO XXV.

Sin esperanza.

Mientras tenian lugar los acontecimientos que llevamos narrados en el capítulo anterior, Duval permanecia en la calle en espera de su infame amigo.

Viendo que tardaba en bajar, se puso á pasearse en la misma acera, pero sin alejarse mucho, para hacer menos pesado y largo el tiempo.

La noche, tranquila y serena, formaba contraste con las negras borrascas que combatian su agitado espíritu.

Ninguna persona transitaba por la calle. El silencio que reinaba por todas partes era sepulcral.

Las puertas de las casas estaban cerradas, y solo en una que otra tienda, de triste aspecto, de las que se encuentran en el humilde barrio que nos ocupa, se veía la opaca luz de alguna flaca vela, colocada dentro de algun negro farol de papel, colgado del sucio techo.

De repente se oyeron pasos en el extremo de la calle.

Duval levantó la cabeza, y descubrió el bulto de dos hombres que traian aquella direccion.

Fijó la atencion en ellos, y por el trage que vestian, conoció que eran dos personas de la alta sociedad.

Esto le sorprendió sobremanera.

Y en efecto, la presencia, en aquel barrio y á la hora que era, de dos personas del círculo á que revelaban pertenecer aquellas, debía sorprenderle.

Por aquel rumbo solo habita gente pobre que no ha entrado en la moda de la levitina del frac, y por lo mismo pensó que los que se acercaban debian traer algun objeto muy particular.

Para otro hombre, cuya conciencia descansase en las buenas acciones que ha practicado, la presencia de aquellos dos transeuntes no hubiera sido mas que un objeto de ligera curiosidad; pero para Duval que temia á todas horas la aclaracion de sus crímenes, era un motivo de alarma y de temor.

—Qué buscarán por aquí?

Murmuró entre dientes.

Y el primer pensamiento que le asaltó le hizo estremecer.

Don Félix se hallaba en capilla y próximo á ser conducido al patíbulo. ¿Habia podido revelar algo que indicase quiénes eran los asesinos de Flan?

Duval palideció con esta idea.

Sabia que muchas veces los crímenes mas ocultos se descubrian de una manera inesperada y providencial.

Su imaginacion le presentó en aquel mismo momento mil casos en que la causa de la inocencia habia triunfado, cayendo el castigo sobre los verdaderos culpables,

cuando mas seguros se creian de haber engañado á la justicia.

—Sí;—añadió interiormente dominado por el temor que despertaron en su alma aquellos ejemplos—estos dos hombres pueden ser muy bien dos encargados de la justicia. Habrán sabido tal vez dónde nos hallamos, y vienen á sorprendernos en la casa del doctor.

Y dominado por esta idea, trató de alejarse de aquel sitio para salvarse.

Pero era imposible separarse ya de allí, sin llamar á su vez la atencion de los que se acercaban.

—¿Qué hacer?—Pensó inquieto y sobresaltado.—Penetrar en la casa de Willey para avisarle del peligro y esconderme en ella, es entregarme á mis enemigos, que sin duda vienen á apoderarse de los que la habitan.

Y dirigió á todas partes la espantada vista, buscando un punto por donde pudiera salvarse.

Las dos personas que se acercaban estaban ya á pocos pasos.

—¡Ah! ¡tal vez esta puerta no esté cerrada con llave!—Pensó mirando la que se encontraba contigua á la del doctor.—¡Véamos!

Y sin detenerse, y rápido como una exhalacion, se lanzó sobre ella, la empujó, y en su semblante brilló la alegría mas intensa.

La puerta se abrió: Duval penetró por ella; volvió á cerrarla prontamente, y ansioso de saber lo que pasaba, se quedó junto á ella mirando por el agujero de la cerraja.

Los hombres hicieron alto allí mismo.

Duval temió que le hubiesen visto entrar, y se propuso hacer por dentro toda la fuerza necesaria para impedir que abriesen la puerta en caso de que lo intentasen.

Pero nada de esto fué necesario.

Desde las primeras palabras que pudo escuchar, comprendió que nada tenia que temer.

Sin embargo, siguió aplicando el oido, y oyó atentamente el siguiente diálogo, que sostenian fuera los dos interlocutores.

—¿Seguimos adelante?

—Sí, porque de esa manera podremos empezar á preguntar desde la última casa de la calle, hasta dar con la que buscamos.

—Tiene vd. razon, porque de esa manera se ahorra mas tiempo.

—Vd. preguntará en una acera, mientras yo hago lo mismo por la otra.

—Perfectamente.

Y los dos interlocutores se alejaron con direccion al fin de la calle.

Duval, que habia permanecido quieto y con el oido pegado á la cerraja, quedó tranquilo al ver que nada tenia que temer.

—Andan buscando á algun amigo.—Dijo; y volvió á aplicar el oido á la cerradura para cerciorarse de que se habian alejado.

Nada se oía.

La voz de los dos individuos habia cesado.

El ruido de sus pasos se escuchaba lejano,

Duval, pues, se persuadió de que nada debia temer, y se dispuso á salir.

De repente llamó su atencion un objeto.

El zaguán en que habia entrado daba á

un agradable patio, con árboles y enramada, en el cual se veía á una mujer de esbelto cuerpo y decentemente vestida, ocupada en quitar la ropa que habia tendido sobre unas cuerdas, por la tarde, para que se secase.

La luna brillaba en aquel momento, limpia y esplendente.

La mujer estaba de espaldas hácia Duval, y por lo mismo no habia visto á éste.

El sócio del doctor, sin cuidarse de ella, iba á avanzar, cuando la mujer, con algunas piezas de ropa en la mano, dió vuelta para dirigirse á su cuarto.

Los ojos de él y los de ella se encontraron entonces, y los dos dejaron escapar con sorpresa un nombre.

—¡Amalia!

—¡Duval!

Y la preceptora retrocedió algunos pasos horrorizada.

Luego, como si le amenazase un gran peligro, trató de huir.

—¡Ah! no.... no te alejes por piedad!—

Exclamó Duval cerrándola el paso.—Fuí

muy criminal contigo; pero yo necesito tu perdón en estos instantes, que serán los últimos que permanezca en este país en que tú te quedas.

—¡Mi perdón! ¡Y qué vale mi perdón, si con tus obras te atraes el aborrecimiento de Dios? ¡Tiempo hace que yo te he perdonado la sangre de mi padre y mi desgracia!

—¡Ah! siempre tan buena como cuando mi corazón no estaba aun agobiado por el horrible peso del crimen! Pero ¿qué ha sido de tí desde el instante en que horrorizada de mi infamia, huiste de mi lado? ¡Ah! no me niegues la última gracia que te pediré en mi vida! ¡Quiero conocer todos los padecimientos que por mí has sufrido, para tratar de expiarlos! ¡Sé que un mar de sangre me separa de tí.... pero á este mar de sangre quiero poner un camino de penitencia para llegar á Dios!

—Bien: mi historia no será larga; pero prométeme que tan luego como la haya terminado, te alejarás para que no tenga el dolor de ver delante de mis ojos al asesino de mi padre.

—¡Ah! ¡te lo prometo, virtuosa Amalia.... te lo prometo!

—Esta es la última vez que nos vemos y que nos hablamos.

—Sí.... ¡la última!

—Escucha, pues, todas las consecuencias que trajo tras de sí el primer paso que diste en la senda del crimen.

—¡Habla.... habla, por piedad!

—Cuando llegué á saber que no solamente habias derramado la sangre de mi padre, sino que un falso sacerdote nos habia unido, me retiré horrorizada de tu lado, y fui á ocultar mi dolor y mis lágrimas á un humilde pueblo cercano á esta capital. Allí, habitando una casita, y sin otra compañía que la de una mujer que tomé para que me ayudase en lo mas preciso, viví algun tiempo con lo que me producian las alhajas que traje de Haití, y que iba vendiendo poco á poco. Triste era mi situacion; pero mi amargura se aumentó terriblemente cuando el cielo me hizo madre de dos inocentes criaturas, fruto de nuestra falsa union.

—¡Madre!

Exclamó sorprendido Duval.

—Sí; madre de dos ángeles, que nacian condenados á ignorar el nombre del sér que me habia hecho desgraciada para siempre.

—¡Oh! ¡he sido muy criminal! Pero continúa, continúa.

—Nunca creí que el corazon pudiera tener tanto amor, y pasion tan profunda y acendrada, á los frutos nacidos de un enlace ilegítimo. Pero ¡ah! ¡cuán dulces son esos objetos! ¡Cuánto ama una madre á los hijos de sus entrañas, aunque tenga que llorar la causa de haberles echado al mundo! Celosa de su amor, jamás consentí que pecho alguno, que no fuese el mio, los alimentase. Todo mi afan, todo mi cariño estaba concentrado en aquellos dos séres inocentes, y el dinero que me daban por mis joyas, lo dedicaba á comprar decente ropa con que vestirlos. Así trascurrió un año, hasta que un dia me encontré con que la criada que me servia, habia huido por la noche, llevándose todas mis alhajas.

—¡Qué infamia!

—Yo quedé triste y abatida, no por mí, sino por aquellas tiernas criaturas que se quedaban en la miseria mas espantosa. Nada me quedaba ya; ropa, dinero, joyas, todo se llevó la despiadada mujer en quien yo habia depositado mi confianza. ¡Oh...! ¡aquel fué un golpe atroz para mí! Sin alimento.... triste.... con la salud quebrantada por los padecimientos y privaciones, ¿cómo sustentar á mis amados hijos....? Entonces resolví servir; la vida de aquellos dos ángeles me interesaba aun mas que la mia, y para que no pereciesen de hambre, me diriji á varias casas solicitando destino. Pero nadie quiso recibirme: mis hijos eran el obstáculo que encontraban todos para admitirme. ¡Mis hijos! ¡Ah! ¡Entonces resolví pedir limosna!

—¡Limosna!

Exclamó Duval conmovido.

—¿Sabes tú lo que es pedir limosna....? ¡Ah! ¡felices los que no se han visto precisados á pedirla! Es la pena mayor, es el tormento mas terrible que existe en la miseria humana.... ¡Pedir limosna....! Solo

por los hijos puede sufrir una madre las humillaciones y los desprecios con que el mundo trata al mísero mendigo....! Pero mi suerte no se mejoró con aquel sacrificio.... Mis pobres criaturas se morían de hambre; eran unos miserables esqueletos que sufrían sin que yo les pudiese proporcionar alivio alguno! Sin embargo, era preciso remediar su suerte, aunque para ello fuese necesario hacer un gran sacrificio. Sí; era preciso, y medité. Entonces concebí la idea de apartarme de ellos, en tanto que buscaba los medios para que mejorase su posición.

—¿Y qué hiciste?

—Informada de que dos matrimonios que abundaban en virtudes y riquezas, carecían de hijos, no titubé en exponer, de noche, y á la puerta de cada uno, á los frutos desventurados de mis entrañas.

—¿Qué escucho!

—La noche estaba oscura y triste como mi corazón; y yo envuelta en sus sombras, y arrimada á una esquina, esperaba impaciente á que las puertas de las dos casas, que por fortuna estaban en una misma ca-

lle, se abriesen. El frío era intenso.... ¡Mis dos criaturas lloraban, y yo también lloraba! Poco despues miré llena de júbilo abrirse las puertas de ambos edificios, salir de una y otra una criada, recoger á mis queridos hijos, y entrar con ellos cerrando la puerta tras ellos. ¡Ah! era madre; y al dejar á aquellos ángeles.... al separarme de ellos, sentí dentro de mi pecho un dardo agudo que me traspasaba el corazón.

—¿Y esos hijos?

Preguntó Duval.

—Ignoro dónde están.

—¿Cómo!

—Yo, anhelando hacer algunos ahorros para volver á recogerlos, salí de México, sirviendo á una familia que marchaba á Durango; pero la desgracia que me perseguía, Dios sin duda que trataba de poner á prueba mi resignación, dispuso que antes de llegar á aquella ciudad nos acometiesen los indios bárbaros, y cayésemos cautivos. En poder de esas hordas feroces permanecí por muchos años, y cuando hace aun poco tiempo pude volver á México, y me acer-

qué á la casa en que vivian esas familias, supiese que habian salido de la capital, y aunque pregunté por el punto en que se hallaban, nadie supo darme razon de la nueva poblacion en que habitaban.

—Pero ¿no les colocaste á tus hijos, al abandonarles, alguna señal que te los hiciese reconocer algun dia?

—Sí, una.

—¿Cuál?

—Un medallon en que estaba grabado el nombre de cada uno.

—¿Un medallon?

Exclamó Duval admirado.

—Sí; un medallon de metal blanco, primorosamente labrado.

—¿Y qué nombres eran esos?

Preguntó con ansiedad y todo conmovido Duval.

—Luz era el uno.

—¿Luz!

Dijo el sócio del doctor poniéndose pálido como la muerte.

—¿Qué te pasa?

Preguntó Amalia notando la mutacion

que se habia operado en el semblante de su interlocutor.

Duval, sin escuchar la pregunta, y sacando apresuradamente el medallon que le habia entregado la hermosa cautiva, se lo mostró á Amalia, preguntándole:

—¿Es este alguno?

—Oh! sí.—Gritó fuera de sí de alegría la desdichada mujer.—¿Quién te lo ha dado? ¿Dónde está la jóven que lo llevaba?

—¿Al borde de la deshonra!—Exclamó fuera de sí Duval.—¿Ah! es preciso salvarla.... ¡salvar á nuestra hija!

Y sin escuchar la voz de Amalia, y guardando al instante el medallon, salió á toda prisa á la calle; empujó la puerta de la casa del doctor; subió en dos saltos las escaleras; y encendidos de ira los ojos, se presentó, blandiendo un puñal, en la pieza donde se encontraba Luz, dejando escapar una exclamacion de ira.

El infame Willey, que en aquel mismo momento se dirijia sobre su víctima para envilecerla, se detuvo sorprendido.

La jóven, al ver á Duval, dió un grito de

esperanza, y exclamó bañada en lágrimas:

—¡Salvadme.... salvadme!

—¡Sí.... la salvaré!—Dijo Duval:—Y tú, infame, perece bajo el agudo filo de mi puñal.

Pero al mismo tiempo que se arrojaba sobre el doctor para herirle, éste sacó una pistola y le apuntó.

¿Qué pasó después?

CAPITULO XXVI.

El sentenciado á muerte.

¿Por qué está agolpado ese gentío á la puerta de ese vasto y sólido edificio, donde gimen los criminales?

¿Por qué ese afan y esa ansiedad por colocarse en buen sitio?

¿Va á tener lugar algun alegre espectáculo, que regocije á la humanidad?

No, nada de eso.

Esa agitacion, ese bullicio y ese anhelo por colocarse en punto principal y elevado, reconoce por causa un acontecimiento desgraciado.

Un hombre está condenado á caminar al patíbulo, y todos ansian verle y conocerle.